

Habíamos salido tarde. Nuestra intención era partir de madrugada, pero Romero no llegó sino avanzada la mañana. De todos modos, nuestro recorrido no sería muy extenso y nos proponíamos regresar temprano.

CUENTO de GUIDO SAENZ G.,

Ilustrado por Luisa G. de Sáenz.

## El horrible atardecer de Cafayate

Romero, el secretario de la gobernación, nos resultó, a mi esposa y a mí, un tanto tosco y presumido, aunque trataba sinceramente de ser amable y de quedar bien. El llevaba el volante. Don Andrés, jefe del Ceremonial y Protocolo de la provincia y nuestro constante compañero en la temporada, había llegado al hotel vestido de gaucho para llevarnos a La Caldera, hacienda donde se alistaba una parrillada con el gobernador. Don Andrés era un viejo afable, lleno de humor y además, en todo sentido, un excelente compañero de excursión.

Pero Romero había cambiado los planes. Su propósito era llevarnos hasta el Valle Encantado, fantástico paraje que se halla a unos cien kilómetros hacia el oeste de la vieja capital, escalando la precordillera andina.

—Vamos hasta el Valle y nos regresamos a La Caldera—, me dijo Romero con su tono prepotente.

—Ya se lo dije al gobernador y está de acuerdo. Les va a gustar mucho—, agregó, desahuciándose luego en elogios para el lugar y la verdad es que nos convenció rápidamente a todos.

Planicies con reminiscencias de la pampa aparecían de cuando en cuando a lo largo de la pintoresca carretera. Romero aceleraba bravuconamente la camionetilla de dos puertas en que viajábamos y que nos llevaría a enfrentarnos por vez primera con la cordillera de los Andes, lo que me producía gran expectativa.

En cuanto se empieza a dejar la planicie para adentrarse entre los cañones y riscos de la terrible cadena andina, el panorama se convierte en la visión alucinante de un mundo desolado y gris, brutal y descarnado. La calva roca emerge con la violencia de una catástrofe y gigantescos tentáculos de piedra se extienden y retuercen con rabia, hasta ser coronados por agresivos picos sin fin, desafiantes de la gravedad. La masa se hace cada vez más grande y dramática, y la elocuencia de su tenebroso lenguaje asombra y sobrecoge hasta el delirio.

La carretera serpenteante quedaba atrás, convertida, desde lejos, en un curioso y retorcido alambique. Empezó la neblina a invadir las cumbres y el motor de la camioneta a callarse. Pero ya llegábamos a la altiplanicie. Un pequeño desvío, y alcanzamos el Valle Encantado. Efectivamente Romero tenía razón. La rara belleza del paraje quitaba el aliento. Formas fantasmagóricas de granito surgían por doquier, sobre una especie de extraño valle sumergido en una bruma delgada y misteriosa. Fabulosos castillos en ruinas. Catedrales de leyenda. Espantosas y gigantescas cabezas de gesto crispado, como si hubieran sido súbitamente transformadas en roca por mano maléfica en instantes de terror, parecían burlarse de nosotros, escondiéndose en el envoltorio de los jirones de gasa de la neblina. Un viento frío soplaba sobre el valle y confundía su silbido con el eco de nuestras voces.

—Era evidente que Romero tenía intenciones de seguir adelante y evidente, también, que ya no tendría que insistir mucho para convencernos.

—Almorzamos en la Piedra del Molino y quizá podemos viajar un poco sobre el desierto de los cardones— me dijo mientras subíamos a la camioneta. Mi esposa puso reparos y Don Andrés sonrió, tal vez sin darle mayor importancia. A mí, la idea me entusiasmó.

La Piedra del Molino resultó un árido paraje, situado en la altiplanicie a unos cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Nos sirvieron un improvisado almuerzo en una pequeña hospedería del camino, de aspecto muy singular.

Caminé solo alrededor de la insólita construcción de adobe de barro gris sin ventanas y comencé a sentirme mal. Al tratar de subir una lomilla para ver de cerca un hato de llamas y ovejas mi condición empeoró. Supe después que a esto, en la región, lo llaman "apunarse". Estar "apunado" es tener sencillamente el mal de altura, o sea una desagradable sensación de falta de aire, mareo y alteración del pulso.

Al analizar ahora todo lo que precedió a la horrible experiencia que me aconteciera más tarde, no puedo dejar de suponer que este pequeño accidente, tuvo seguramente que influir sobre mi físico y mi condición anímica. Pero lo de más, sin duda, debió de contribuir también. El perturbador Valle Encantado, lo ralo de la atmósfera, el tono gris predominante, la a veces irritante conducta de nuestro chofer. Todo parece haberse unido diabólicamente para tejerle una especie de trampa macabra a mi pobre imaginación. No puedo suponerlo de otra manera.

Con alguna dificultad traté de reponerme y volví a mi grupo. Ya Romero tenía prácticamente convencida a mi esposa de que bajaríamos un poco sobre el desierto y quizás tendríamos tiempo de llegar al pueblecito de Cafayate. ¿Se había desistido entonces, de regresar para la parrillada del gobernador y nuestro objetivo era ahora culminar con Cafayate? ¿Qué intención había en esto, si la había?

Romero volaba sobre una recta interminable y llana que se perdía en el horizonte de la altiplanicie. Enormes cactus—los "cardones"—daban al contorno la notable apariencia de un cementerio sin fin, gigante y monótono. El sol empezaba a descender visiblemente y a golpear, de soslayo, los lejanos picachos nevados de la cordillera que constituían quizá, la única nota optimista del sobrecogedor paisaje.

La carretera, finalmente, parecía estrellarse contra un enorme bastión de roca—parte de la cadena montañosa que limitaba el panorama—que conducía en forma perpendicular a un cañón medianamente ancho, a modo de angosto valle, por el cual corría en saltos un pequeño riachuelo. Decididamente el paisaje había cambiado. Una especie de oasis regocijante de tonos verdes, tierras húmedas y pequeñas casitas blancas, empezó a avanzar hacia nosotros. El sol—aunque ya muy en occidente—todavía iluminaba con suficiente brillantez como para atravesar sin dificultad la diafanidad de la atmósfera y resaltar la inesperada transformación de la tierra. Era como si súbitamente hubiéramos traspasado el límite de lo permisible—sórdido y triste—para adentrarnos en un mundo nuevo y refulgente, al cual me complacía esomarme, porque lo adivinaba capaz de restituir una vida gastada o sin ánimo, rejuveneciéndola o renovándola.

Habíamos avanzado cien kilómetros desde el Valle Encantado, lo que nos situaba a otros doscientos de nuestro sitio de regreso. La idea de retornar de noche me intranquilizó por un momento, pero el entusiasmo por todo lo que se me ofrecía de nuevo y espectacular, de bello y desconocido me hizo desear mis temores, o, al menos, tratar de posponerlos.

Sin embargo, conforme avanzábamos, la sensación de algo misterioso y perturbador se empezó a percibir sutilmente en el fluido mismo del aire, como si una espesa sombra se empeñara en restarle agilidad. Al menos de esa manera lo sentí.

Y llegamos a Cafayate. De aspecto colonial, con angostas e irregulares callejuelas de piedra que, como en todas las poblaciones antiguas, conver-

gen inevitablemente a una plaza o parque con la iglesia al frente. Cafayate, no me resultó ser un lugar común entre los vetustos pueblos coloniales diseminados por el continente. La mayoría de estas pequeñas poblaciones—alejadas por cientos de kilómetros de las ciudades grandes—tienen un aspecto triste, pobre y desolado y Cafayate no venía a ser la excepción. Pero un semblante casi conventual, parecía agregar una extraña languidez a aquel conglomerado de casas viejas, de postigos casi siempre cerrados, con patios interiores desnudos, sin plantas, sin flores, ni mujeres hermosas. Llegué a suponer, al recorrer las calles desiertas, que debían ser pocos los habitantes de la aparentemente solitaria población construida en aquel cañón de roca reventada.

En el sombreado parapequeño y sentado en un banco de piedra, apenas había un niño; y en la esquina frente a la iglesia, dos viejas de trenza, atunados chillones y sombreros blancos, conversaban sin darnos la cara. Al vernos, su tertulia se desintegró y casi hubieron en silencio cada una por su lado, como sombras.

Nos encaminamos hacia la rústica iglesia blanca. Detrás de nosotros, un curioso edificio de arcadas góticas y color morado, daba una lóbrega y singular nota teatral, con reminiscencias escenográficas recidas a las metafísicas concepciones de Chirico, y que prestaba, según se me antojó, un raro significado al corazón de Cafayate.

Desde dentro de la pequeña iglesia, se escuchaba una voz masculina que a gritos parecía rezar. Me adelanté a mi grupo. La penumbra me impedía ver en el interior del templo y sólo escudriñando, pude distinguir, a la par de un altarillo lateral con velas, a un viejo indio vestido de blanco, que gesticulando vivamente suplicaba, desgañitándose, favores a la Virgen. La visión era tan insólita como conmovedora.

La humildad de la iglesia, la sencillez del hombre y sus vehementes imploraciones... Todo terminó cuando se dio cuenta de mi presencia. Yo había roto su soledad y su oración; había violado su privada intimidad. Se quedó inmóvil y en silencio, viéndome angustiosamente desconcertado. Sus ojos, por un instante parecieron reprocharme la intromisión. No pude soportar su mirada ni tampoco decir palabra. El viejo dio media vuelta y se hundió en un rinconcillo oscuro. El asunto me ensombreció un tanto el ánimo y traté de olvidarlo. El piso y el techo de la iglesia eran de madera de cardón, el cactus aquel de quiméricas formas.

Todo en Cafayate parecía estar dormido y silencioso; encauzar hacia lo diáfano, hacia lo immaculado y lo puro, a pesar de que una depresiva y agobiante tonalidad, determinaba, inexplicablemente, una contradictoria lucha interior de estados de ánimo que a pesar de que me inquietaba no podía dejar de estimularme.

Pero lo más fascinante de todo era, sin duda, la colina aquella.

A poca distancia y visible de casi todos los rincones del pueblillo, se alzaba una escarpada colina que mostraba, en la cresta, una especie de murallón semi derruido con aspecto de fortaleza o monasterio. Con aire misterioso, Romero insistió en llevarnos hasta su cumbre y allá fuimos a dar subiendo el tortuoso sendero a desmedida velocidad. Romero parecía divertirse exacerbando la camioneta y nuestros nobres nervios, hasta el punto del vértigo.

Desde arriba el panorama. Cafayate a nuestros pies. A su alrededor, verdes fajones

de siembros en el cañón, cortados por el correr del pedregoso riachuelo. Y al fondo, los Andes sobrecogedores. Pude entonces fijarme en el murallón que había contemplado desde el pueblo y que ahora, más o menos, definía como una especie de largo claustro con una gran puerta al centro.

—¿Qué es eso?— pregunté con curiosidad a nuestro improvisado guía indicándole la inusitada construcción.

—El cementerio de Cafayate— respondió Romero, sin más comentario que una velada sonrisa.

—¿El cementerio?— preguntamos a coro, mi esposa, Don Andrés y yo.

—El cementerio—farfuleó Romero dirigiéndose hacia la entrada de la muralla.

Yo lo seguí automáticamente. Las iglesias y los cementerios siempre han tenido para mí cierto atractivo morboso. Don Andrés se quedó contemplando el valle con mi esposa, mientras Romero y yo nos introducíamos por el portallón, que crujió al ser empujado.

Tapias ruinosas; tumbas con nombres, fechas, dedicatorias, cruces, lo usual. Sólo que aquí todo era viejo, semi deshecho, en abandono o casi olvidado. Romero siguió solo hasta el fondo porque yo no quise seguir más; todo se me tornaba hostil e intranquilizador. Me devolví. Al hacerlo, el aspecto de una antigua tumba desvenecijada me hizo detenerme. Un nicho abierto daba la inexplicable sensación, de que alguien, recientemente, se hubiera dado a la innoble tarea de destruirla o profanarla. Su interior estaba vacío.

La luz decrecía y el cielo comenzaba a tornarse dramáticamente violáceo. El viento no parecía existir y el silencio se mantenía estático.

Salí del cementerio.

Fue entonces cuando vine a caer en cuenta de que aquello que me había parecido un claustro, efectivamente lo era y que en uno de sus extremos, existía una especie de aposento oscuro, con un boquete en forma de arco que hacía las ve-

ces de puerta. Me encamine hacia allí por el sombrío corredor y penetré en el extraña recinto. Un escalofrío me recorrió la espalda. Un ataúd de madera oscura, que me quedé contemplando fijamente perplejidad, reposaba sobre una especie de mesa de piedra. ¿Qué demonios podía estar haciendo allí aquella vieja cava que aunque en buena forma todavía, evidenciaba por su aspecto...? ¿Habría estado dentro de la tumba que supuse violada? No obstante mi repulsión, me acerqué al afoso ataúd y lo examiné por unos instantes. La tapa y la sobretapa se hallaban cerradas, por fortuna. Sin embargo una curiosidad que me acicateaba con vehemencia me impulsó, casi inconscientemente, a tocarlo. Luego mi mano tanteó la tapa. Traté de abrirla, pero estaba clavada. Un malévolo deseo de ver su interior, a pesar de que sentía que mi corazón aceleraba sus latidos espasmódicamente, me azuzó a continuar con la sobretapa. Al tocarla, se deslizó un poco. El herrumbre había corroído las bisagras, que cedieron a mi tacto. Decididamente la empujé entonces, para encontrarla con el vidrio que usualmente colocan ante el rostro de los muertos y que estaba cubierto de polvo.

La penumbra del aposento era densa. Un silencio pavoroso me circundaba, combatido únicamente por los golpetazos de mi pulso en los oídos. Tenía horror de mirar dentro de la caja. Y bueno, ¿ya estaba ahí! Todo era limpiar el vidrio y asomarme. Me encontraba a un paso de descubrir una macabra incógnita que me llenaba de espanto, pero que iba seguramente a proporcionarme una de esas espeluznantes experiencias que si no se satisfacen, se queda uno después lamentándolo siempre. Pero entonces sentí escrúpulos. Recordé a mis muertos. ¿No era aquello una especie de profanación? Podía haber alguien allí dentro, y abrir su féretro equivalía a violar el derecho y respeto inherentes a su condición. ¿Para qué hacerlo, además? Y no sé por qué, pero en ese instante se me coló en la memoria la mirada desconcertada de aquel indio a quien yo también había roto su soledad con mi torpe entrada a la iglesia.

¿Por qué lo hice? Fue en ese momento que valoricé, en

(Pasa a la página siguiente)



# El horrible atardecer de Cafayate

(Viene de la pág. anterior)  
cierto modo, el verdadero significado del incidente, y sentí congoja. Recordé sus ojos. Y recordé y recordé cosas. El cerebro me bullía febrilmente en imágenes e ideas contradictorias a centelleante velocidad... Empecé a temblar. Yo todavía transcurrieron unos instantes, No pude evitarlo. Saqué un papel que llevaba en la bolsa del saco, limpié el polvo del vidrio, me incliné sobre la caja y miré dentro.

La cara espantosa de un viejo lívido y espectral, que con expresión de mueca crispada de iracundo reproche me veía desde el fondo del ataúd con ojos desorbitados y fosforescentes, pareció incorporarse adelantándose, hasta pegar su rostro contra el vidrio. Apenas pude verlo un instante. El martilleo de mis oídos se transformó en los saetazos de una herida enconada. Todo pareció gravitar a mi alrededor, mientras rabiosos destellos de tonos violentos, se desprendían desde retorcidas formas, de con tornos alucinantes, para estallar ante mis despavoridos ojos, dentro de una vertiginosa vorágine de viscosos fluidos intangibles. Sentí que la garganta se me cerraba como si manos poderosas se empujaran en atenuarla, estrangulándome. Se me nubló la vis-

ta y no supe más.

Mi esposa me sostenía la cabeza. Traté de incorporarme pero no pude. Estábamos dentro de la camioneta y descendíamos al pueblo. Balbucé algunas palabras. Sólo "ataúd" me surgió comprensible.

—¿Qué ataúd? —me preguntaron.

Una caliente taza de café en el pequeño hotel de Cafayate terminó por reanimarme.

—Cuando salí del cementerio me lo encontré a Ud. tirado en el suelo inconsciente—; explicó Romero con sorna— llámame a don Andrés y a su esposa, y entre los tres lo llevamos a la camioneta. ¿Qué le pasó?

—No sé, no sé—, repliqué sin comprender nada — había un ataúd y...

Se miraron entre sí. No me creían. Y es que realmente, ninguno de los tres, lo había visto...

Era ya de noche cuando salimos del silencioso Cafayate. El cielo nítido se reventaba de estrellas. La atmósfera era casi cálida, fragante y calma! Los perfiles de las montañas se destacaban serenos. Contemplé, mientras avanzábamos, cómo se perdían Cafayate y su colina en la oscuridad de la noche. ¡Todo parecía tan placido!

Sólo mi ánimo estaba inquieto.